

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

REFLEXIONES

Muere Zola y todos sentimos esa pérdida como propia. Es para el mundo un duelo universal; es para cada hombre un duelo doméstico. Singular privilegio del genio. No le debemos sólo el homenaje de nuestra admiración, sino el de nuestra gratitud. Somos en cierto grado sus hijos. Algo de él se ha incorporado en nosotros. Nos ha enriquecido, nos ha prodigado sus dones. En el mercado espiritual somos los deudores de su liberalidad. Justo es que paguemos nuestra deuda en moneda de afecto y adhesión.

¡Cuán pequeña la grandeza humana! Unas partículas de óxido de carbono bastan para detener por siempre el funcionamiento del más poderoso de los espíritus contemplativos. ¡Cuán grande la humana pequeñez! Un cerebro individual reproduce a su modo el milagro de la creación, sacando de la nada un sinnúmero de seres vivos, palpitantes, impercederos. ¡Será que en el hombre vale más el hacer que el ser y la obra supera al artifice?

En el concierto general de las alabanzas hay desafinaciones. La noñería hispana hace sus reservas; la gazmoñería británica siente sus repulgos. Zola no supo *guardar las formas*, no respetó los fueros de la *respectability*. Tiene, sin embargo, una excusa. Si en *L'Assommoir*, en *Nana*, en *Pot-Bouille*, en *La Terre*, en *La bête humaine*, descendiéndonos y nos hace descender al sumidero, no es por amor al fango. Un sublime altruismo, un propósito redentor lo guía. No ama el cieno, sino a los desventurados que yacen hundidos en él, como Isabel de Hungría no amaba la lepra, sino a los leprosos. ¡Hay para las enfermedades sociales otro remedio que la verdad! ¡Conoce algún doctor la manera de curar las llagas sin descubririrlas? ¡Cuánto no han contribuido los honestos convencionalismos del arte a hacer a la literatura socialmente estéril! El que quiera ser de veras redentor ha de tener fuerte el estómago. La caridad no tiene olfato. Quien se arroja a la ciénaga para salvar al que se ahoga, no sale oliendo a rosas. Las manos del maestro apestan a veces; su conciencia siempre huele bien. ¡Podrán los más pulcros y refinados decir otra tanto?

En Zola el hombre no desmerece del artista. No creía él que el genio exima de la honradez. No creía en la *amoralidad* del superhombre. No creía que exista una esfera de acción a una al mérito y al demérito, ni que haya nada más allá del bien y del mal. Creía buena, caudorosamente buena, a mayor superioridad, corresponde mayor deber. Nadie ignora a qué extravío le condujo esa creencia. Vivía tranquilo, feliz, rico, estimado, cubierto de gloria, rodeado, ya en la senectud, el fruto de su labor gigantesca. Sabe que se ha cometido una gran injusticia con un hombre a quien no conoce. Desde aquel día no hay para él dicha ni sosiego. La imagen del desventurado cautivo de la Isla del Diablo le obsesiona y turba su reposo. Y todo lo sacrifica, todo lo arriesga: la paz de su hogar, su popularidad, su fortuna, su vida, por defender la causa del inocente. La populachona, vocinglerá le malice, las muchedumbres enloquecidas piden su cabeza, los tribunales de su país le condenan, contra él se concitan todos los odios. Triunfa al fin, pero a costa de cuán grandes amarguras. Y todo eso lo hace (oiganlo los *sepulcros blanqueados*), sin temor al infierno, sin esperanza del cielo, por pura devoción a la justicia, por puro amor a la verdad. ¡Cuál de entre los dioses de las religiones positivas obtuvo jamás de sus adeptos tan desinteresado culto?

Pero ¡era un mal francés! Es el grito que sale todavía del seno del nacionalismo, ese extraño y obscuro amasijo de todos los fracasos y de todos los rencores. No besó el hisopo ni se prosternó ante el sable. No quería para su patria las revanchas de la fuerza. No entendía que el patriotismo consistiera en cerrar los ojos a la razón y practicar la iniquidad. Era un mal patriota. Los buenos patriotas, persiguiéndolo, han hecho que lo que hoy debiera ser para el pueblo francés una de sus glorias más preclaras, sea para él un remordimiento...

Aprendan los parnasianos, decadentistas, delicuescentes, precosistas, refinados, artífices de no nada, extractores de quintaesencias, cultivadores andróginos del nenúfar, idólatras de la clorosis, intérpretes exangües de un arte que muere de anemia. También Zola supo dar como pocos la nota tierna y delicada. Ejemplos: *La rene*, *La fúata de Pablo Mouret*, *Une page d'amiour*. Prefería la fuerza, como todo aquel que la tiene. Sus poemas valen más que sus idilios; *Germinat* y *La debaele* serán ante la posteridad sus mejores títulos de gloria. Ha sido el Miguel Angel de la pluma. Ha sido un ciclope, un gigante. Fué un gran demoleedor, como todo gran genio. Su estilo es sanguineo, musculoso, sano, robusto. Tiene voz de hombre.

¡Que el naturalismo muera! No; el naturalismo es inmortal. Surgirán nuevas orientaciones artísticas y literarias, la idealidad recobrará su imperio, el espíritu humano tornará a la eterna contemplación del misterio eterno de las cosas, su pesadilla y su obsesión, pero nunca ya el arte podrá desligarse por entero de la realidad para perderse en fantasías, visiones, delirios, imágenes de calentura, sueños de enfermo...

Y vosotros, escribas y fariseos, hipócritas de la religión o del arte o del patriotismo, sectarios de la convención, sacerdotes de la mentira, no os regocijéis demasiado ante esa tumba. Ha muerto, sí, el evangelista de la razón; pero antes de morir, su mano potente puso al pie de su vida una rúbrica que dice: *Verdad*. Ese ha sido su testamento, y todos los hombres de buena voluntad somos los albaceas. ¡Santa verdad, redentora del mundo! ¡Dichoso el que contigo viva! ¡Dichoso el que muera por ti!

ALFREDO CALDERÓN

LA CANCIÓN TRISTE

D'aquel hombre extraño
que esta mañana se aparemaneció,
la gente en un corro
s'apiña alreor.
Páeceme que de tierras lejanas el probe
dista aquí, llegó:
tie la barba blanca,
los ojos azules y dulce la voz...
¡los ojos azules y hundos, que miran
que da compasión!
De truco lo c'habla
ni una palabrita siguió se entendió,
pero entornó los ojos y, triste,
cantó una canción...
¡más triste!... ¡más triste!...
¡como nunca de triste se oyó!
Mienta cosas cantando que naide
por aquello qu'ice sabe lo que son:
unas palabritas llenas d'amargura
y otras palabritas llenas de dulzor...
pero por el deajo tan triste ¡tan triste!
llega al corazón,
y es verdá que ninguno lo entiende;
¡pero lloran tós!
Páece c'habla mentando su tierra
y quereres c'allí se dejó...
páece c'habla d'hijos y c'habla de nietos
y d'argo c'al cielo se llevara Dios...
y se esjara su pecho en quejidos
ca ves que se güelve pa' ande sale el sol
y se ve que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su voz.
Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que ninguno lo entiende;
¡pero lloran tós!

VICENTE MEDINA

(De Aires murcianas.)

LOS SEÑORES NEOS

EL PADRE MONTAÑA

De color cetrino, frente ancha, abultada y surcada de profundas arrugas; boca grande y de gruesos labios; ojos pardos, pequeños y pene-

trantes que no miran de frente; dos surcos muy señalados en las mejillas; nariz grande y ancha; pelo muy fuerte, cortado a rape y en forma de cepillo; manos de color pardo, siempre cruzado sobre el pecho; burdos zapatos a lo fraile y sombrero de impenible hechura, el Padre Montaña era una de las figuras más dignas de estudio que por las calles de Madrid se paseaba.

¡Gran hombre de extraordinario mérito! En la lucha bíblica que entre el absolutismo y el liberalismo se entabló en España, lucha en que de ambas partes se peleó con denodado esfuerzo; cuando unos y otros llevaban gustosos a quemar ante el idolo de su causa fortuna, energías e inteligencia, el Padre Montaña tomó puesto entre los que a sí mismos con el nombre de religiosos, católicos fervientes y defensores de la Iglesia se adornaban, se hizo querer y venerar de todos los afectos a la carlista causa, y... comió a dos carrillos en casa de Montpensier, públicamente marion, matador en duelo de su primo el infante D. Enrique y entusiasta por las ideas más avanzadas.

En el palacio de Montpensier fué nuestro héroe persona de toda confianza, consejero áulico, y tomó sobre sí la gloria ó el desdoro de haber educado al infante D. Antonio.

Después de la Restauración presentóse Alejandro Pidal en el arca de la alianza de los poderes constituidos, llevando en el pico y entre las barbas teológico-guerreras el ramo de oliva, anuncio de que las aguas tempestuosas del diluvio carlista se habían retirado de la tierra de España.

Cánovas acogió con gran júbilo al mensajero, que inmediatamente fué bautizado por los que a sus antiguos ideales carlistas permanecían fieles, con el nombre de *mestizo*.

El Siglo Futuro agotó los dicterios, insultos y palabras denigrantes para calificar a Pidal y sus secuaces.

La Compañía de Jesús, ajena como siempre a las luchas de la política, hizo, no obstante, sin duda con sus oraciones, que a los seminaristas, discípulos y confesados de los jesuitas, no hubiera nadie que no fuera terrible carlista.

El clero se dividió en dos bandos, dando el espectáculo de una lucha en que tomaba parte la calumnia, la difamación, la prensa nea, y a veces hasta el garrote y el puñal.

El Padre Montaña, fiel a sus tradiciones de defensor de las ideas más puras, fué un ardiente enemigo de los mestizos, íntimo de Nocedal, inspirador de *El Siglo Futuro*, adicto hasta la exageración a los jesuitas, y... comió a dos carrillos siendo secretario del jefe de los mestizos, el diplomático y alfoncino cardenal Moreno, que le hizo canónigo y deán de Toledo, árbitro de los destinos de toda la diócesis y poseedor de cuantiosísimas rentas eclesiásticas.

Conducta admirable que debieran aprender los que, dejándose llevar de los arrebatos de la pasión, comprometen su tranquilidad, su posición y la paz interior del alma por servir a una causa con el fútil y mundano pretexto de que la encuentran justa, grande ó patriótica!

Muerto el rey Alfonso y entrada España por un camino de religiosa y espiritual perfección, en que si hemos perdido grandes bienes temporales hemos asegurado muy muchos los eternos, el padre Montaña, que ya había hollado con la humildad de sus grandes zapatos la pompa y fausto del real alcázar, vió crecer allí de día en día su benéfica influencia, paseó por las calles de Madrid en los reales carruajes, arrastró sus hábitos color de ala de mosca por las galerías y salones, edificó y movió a compunción con su desprecio de las cosas del mundo, y... pescó nada menos que una auditoria de la Rota, con once mil pesetas de sueldo por no hacer nada.

Es verdad que no careció de dificultades la empresa. Ya estaba firmado el nombramiento, cuando alguien se atrevió a insinuar que acaso, pues nunca faltan detractores aun de las personas más de Dios, pudiera criticarse que se nombrara *magistrado de un Tribunal Supremo*, que tal son los auditores de la Rota, a un hombre que jamás había tenido la ocurrencia de estudiar una palabra de leyes sagradas ni civiles.

Pareció de alguna importancia la advertencia, y hubo el santo varón de emprender el camino de la imperial ciudad de Toledo, donde en veinticuatro horas estudió y aprobó dos años de derecho canónico, tomando á renglón seguido, si no

la bota de doctor, el farmacéutico *botto* de Li-cenciado.

Digámoslo ya sin ambages ni rodeos. El padre Montaña es un santo, pero un santo canónizable.

Uno de los primeros cristianos, vive como pobre guardando sus riquezas; compeltor de los mártires, les gana en fortaleza, pues ellos perdieron la vida a manos de los emperadores por no renegar de la fe, y él la arrebató a la fe de manera que le sirve para ganar la gloria después de comer con los emperadores; compañero de las vírgenes, no se encierra en el transtro, sino que se encierra con devota y agraciada, sirviéndole que le hace el dúo para elevar himnos fervientes al Cordero sin manilla; vencedor de los anacoretas, convierte su casa en castillo enroscado contra cuyos muros incommovibles se estrellan en vano las lágrimas, las desesperaciones y las angustias de la pobreza y el desamparo. Aquella puerta no se abre nunca, para que dentro viva tranquila y sosegada la virtud contemplativa de los moradores del castillo; nueva Santa Cecilia, desahoga los ardores de su corazón inflamado en divino incendio tocando el piano de un modo que motiva protestas y deserciones de los vecinos. Indiscutible, es, pues, santo, y santo de primera magnitud, nuestro Montaña.

Terminemos. Mientras en nuestro suelo crezan virtudes e inteligencias como la del padre Montaña, ¡habrá patria! ¡habrá monarquía!

EL TERCER OJO

—«Si algún día al Señor se le antojase darnos un ojo más y el sitio en donde hubiera de tenerlo pidiese cada cual

¿dónde querría usted llevar el ojo que le habian de dar,

á fin de que el aumento le prestase mayor utilidad?»

A esta rara pregunta, unos, acaso podrían contestar:

—Quisiéramos llevarle en la cabeza por la parte de atrás,

ó en uno de los codos, ó en la propia columna vertebral,

pues, sin volvernos, lo que atrás hiciesen podríamos mirar.

Otros quizá en un pie lo prefirieran, pues, como es natural,

ninguno sufriría pisotones, pudiéndose apartar.

Otros, en conclusión, el ojo nuevo, provisto de un ojal,

en un sitio que callo por decencia lo quisieran llevar,

para ver de evitar cualquier rasguño del clavo de un sofá,

ó que alguna chistera por desuido se convirtiese en clac.

Salvo estas opiniones, yo calculo (y no calculo mal),

que el ojo que me diesen de propina me serviría más

en la punta de un dedo. De ese modo le podría guiar

a un sin fin de lugares diferentes con gran comodidad.

¡Qué un mosquito picaba en las espaldas!

Pues, ¡qué mas eficaz que dirigir el ojo adonde fuere

y ponerme a cazar!

Vería por debajo de las puertas lo que tras ellas hay.

Al coger de una prójima el pañuelo que cayese al pasar,

vería por debajo de los bajos si era gruesa ó delga,

y con meter en el bolsillo el dedo vería el *remontar*,

y hasta leería por la calle un libro que llevase guardado en el gabán.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DON QUIJOTE

EL ÚLTIMO CARTUCHO LIBERAL



¡Le va a salir el tiro por la culata!

LOS COCHEROS DE DON PRÁXEDES



—Dice Don Práxedes que le llevemos al ostracismo...
—¿Y hacia donde cae eso...?



—¡Socorro! ¡Que se me vá el borrico!

LAS NEGOCIACIONES CON EL VATICANO



Almodovar.—Esperaré sentado la contestación á la Nota.

LA APERTURA DE CORTES



Don Práxedes á su médico.—Doctor el día 20 se abren las Cortes, y es preciso que para esa fecha me «descubra» usted alguna enfermedad. ¡Porque lo que es yo no me siento en el banco azul!



Escogiendo Ministros... por si le llaman.



Veragua.—¡Si no hay nadie como yo para resolver conflictos! ¡Ahí tienen ustedes como he solucionado el problema de jeiteros y trañeros!



LOS NUESTROS.—ISIDORO L. LAPUYA

J. Hermógenes

Lanzadas.

Llueve y llueve sin cesar; una lluvia fina, menudita, impertinente...

Las calles están llenas de fango; el cielo, color «panza de burro»—frase que se atribuye á Silvela—, se ennegrece cada vez más; el barómetro descende...

Los transeúntes, con cara de mal humor, chapotean por el lodo.—¡Qué tiempo éste! ¡Cuándo dejará de llover! ¡Mecachis en el Nuncio!—Las mujeres se levantan las faldas hasta las rodillas, y se ven por ahí cada pierna y cada piececito capaz de conmovir al mismo conde de Chéste.

Y en esta lluvia menudita se han ahogado todos los asuntos de actualidad, el regreso de la Corte, la captura de *Tobalito*... hasta los Miuras del domingo.

Volvemos á los tiempos de la Inquisición, á los benditos tiempos de la Inquisición. Según *El Porvenir Navarro*, á los presos de la cárcel de Tudela se les ponen grillos á los pies, y como si esto no fuera bastante, se les ata con cadenas á los muros del calabozo. Y cuando tienen que salir de la prisión—añade el ya citado periódico—los llevan los demandaderos en hombros como si fueran fardos, porque los grillos que oprimen sus pies no les permiten andar.

Interrogado el alcaide de la cárcel de Tudela á propósito de estos tormentos, ha declarado con una sencillez verdaderamente admirable, «que hace uso de los grillos por pura fórmula».

¡Pura fórmula! ¡Oh, ese alcaide de Tudela merece llamarse *Portas*!

Decididamente, toda España es Montjuich.

Se habla de crisis. Hablar por hablar. Aquí no hay quien dimita. Todo el Ministerio ha fracasado. ¡Pero se va tan á gusto en el machito, que dice Suárez Inclán.

La vida del Poder debe ser cosa muy dulce, y hace falta una gran voluntad, un gran carácter, para renunciar á ella.

¡Canalejas! Sí; fue una vez hombre; pero ha pasado el tiempo y ya se siente otra vez hombre...

Sagasta en la apertura de Cortes:

«Pero, señores, si aquí no ha pasado nada! ¿El viaje del rey? ¡Un éxito! ¿Las negociaciones con el Vaticano? ¡Otro éxito! ¿La cuestión de Cataluña? ¡Resuelta! ¿El conflicto obrero? ¡Resuelto también! ¿El problema de los cambios? ¡Un triunfo para Rodríguez! ¿El económico? ¡Vamos á solucionarlo... un día de estos... Hay que desengañarse, señores; vivimos en el mejor de los mundos posibles. España es un pueblo que puede citarse como modelo. ¿Que hemos perdido Cuba? Puerto Rico y Filipinas? Bueno, y ¿qué? En cambio hemos adquirido varias leguas de terreno en el Muni. ¡La sabia ley de las compensaciones!

Europa nos mira con admiración. Podemos estar satisfechos de nosotros mismos.

Una voz en la *Tribuna pública*:—¡Que viene Inglaterra!

DON QUIJOTE

SOLILOQUIO

A la señora marquesa de ***

—¡Oh, cuán frágil de memoria es usted, señora marquesa! He pasado toda la noche delante de usted, como una interrogación viva, y usted ni siquiera se ha dignado reconocerme... En los dos años que hace que no nos vemos, he debido de cambiar mucho.

Y, sin embargo, señora, yo soy el mismo de siempre. Sí, yo soy aquel á quien usted juraba amar toda la vida.

No, yo no puedo creer que haya usted olvidado tan pronto aquella nuestra primera cita de amor.

Sí, acuérdesse usted, señora; haga usted ¡por Dios! un poco de memoria.

Yo la aguardaba á poca distancia de su casa. Tomamos un coche. Usted estaba muy intranquila, muy nerviosa. De vez en cuando decía usted, como si hablara consigo misma: «¿Qué imprudencia! ¡Qué imprudencia!»

¡Oh, estaba usted muy asustada!

En cada transeúnte creía usted reconocer á su marido, y á mis palabras de amor respondía con simples monosílabos.

Cuando entramos en la Castellana comenzó usted á tranquilizarse. En todo el largo paseo no encontramos un alma.

Ya creía segura la victoria, cuando de repente lanzó usted un grito de terror. ¡Que le ocurría! ¡Ah, una gran desgracia! Se le había perdido el pañuelo. Y era preciso encontrarlo á toda costa, porque aquel pañuelo podía comprometerla.

Entonces yo, para tranquilizarla, me dediqué á su busca y captura. Pero el maldito pañuelo no parecía por ninguna parte.

Recuerdo que, tanteando el suelo del coche, mis manos fueron á tropiezar distraídamente con los pies de usted. Recuerdo también que la hice observar que tenía desatadas las cintas de los zapatos. Pero usted protestó: «¡Si no tengo botas!»

Encendí una cerilla para saber á qué atenerme. ¡Oh, qué bonita estaba usted en aquellos momentos!

Al verme á sus pies, contemplándola extasiado, se echó usted á reír con verdadera alegría.

—«Parece usted un perro!»

De pronto, y cuando estaba más absorto en mis pequisas, dió usted un grito de júbilo.

—«Aquí está; ya pareció; lo tenía en el bolsillo... ¡Qué distraída soy!»

Desde el encuentro del pañuelo todo marchó á las mil maravillas. Sí, señora marquesa; no me había engañado en mis imaginaciones; era usted la mujer cariñosa y apasionada que yo había soñado.

Y al regreso de nuestra expedición, al estrecharnos las manos por última vez, acuérdesse usted, señora, de la promesa que me formuló:—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

Y he aquí, señora, que al cabo de dos años volvemos á vernos, y no se digna usted siquiera fijar sus ojos en mí.

Mientras hago estas dolorosas reflexiones, usted charla que charla con un anfitrión joven-

zuelo, sin preocuparse ni poco ni mucho de mi humilde persona.

«De qué habla usted, señorita! ¡Puede saberse! ¡Por qué se rie usted de esa manera y se tapa la cara con el abanico!»

En este momento acaba usted de dejar caer su pañuelo.

El jovencito se apresura á recogerlo y á devolverse, no sin retenerlo un momento entre sus manos.

Usted sonríe complacida.

Ahora hablan ustedes en voz baja, muy cerca el uno del otro... Sí, ya sé lo que le dirá usted á ese desgraciado:

—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

¡Ah, señora marquesa, usted volverá á recorrer en coche el paseo de la Castellana!

MIGUEL SAWA

LIBROS

La importante casa editorial que dirige el distinguido escritor Sr. López del Arco ha enriquecido su notable colección de obras de autores célebres con los libros *Avicilas del mar*, de Emilio Zola (precio, 75 céntimos); *Madre y Celestina*, de Guy de Maupassant (precio, 75 céntimos); *Para leer en la cama*, cuentos escogidos de Catulo Méndez y Guy de Maupassant (precio, 2 pesetas); *Octavo pecado capital*, de Arsenio Houssaye (precio, 2 pesetas), y *El vicio amoroso*, de Guy de Maupassant (precio, 2 pesetas).

Estos libros se hallan en todas las librerías y en la casa editorial, Ferraz, 66, hotel.

¡Y hay que comprarlos, señores!

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Artículo 17 del *Manual del Perfecto Elegante*: «Cuando tengas que comprar muebles, visita al gran establecimiento de A. Vallejo, Alcalá, 17. ¡Es el mejor de Madrid!»

Ya lo dijo Moisés desde el monte Sinaí: «¡Aseguraos la vida en *La Equitatividad de los Estados Unidos, Sevilla, 19*!»

¡Poetas que buscáis la inspiración en el vino, probad el exquisito *Anís del Mono*, que es el néctar de los dioses!



ES EL MÁS FINO.

EL MÁS SEVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos.

Se vende en todos los estancos de España.

Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Elaborada y para fabricación Alcoyana.

De venta en todos los estancos de España.

Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRITANIA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarril, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.

UN ARTÍCULO DE ZOLA

MIS ODIOS

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desden de las personas á quienes la medianía y la necesidad enojan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgadamente despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he rebelado contra las sociedades de mi tiempo me he sentido rejuvenecer y he cobrado más alientos. He hecho mis compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto atacaba á lo justo y á lo verdadero. Si hoy valgo algo, es porque estoy solo y porque odio.

Odio á los hombres incapaces é impotentes; me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios. Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos, y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido jamás dar dos pasos sin encontrar tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianía. Estos necios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que, como Stendhal, antes quiero un picaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha por que atravesamos? Al salir del viejo mundo nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer. En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y

el telégrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto, en la época grave ó inquieta, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el pequeño y nauseabundo charco de su trivialidad. Podemos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya exagerada tensión ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espíritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharlos, porque siempre espero ver brillar en medio del caos de sus pensamientos, alguna verdad suprema. Mas por amor de Dios, que maten á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los cretinos; establezcanse leyes que nos libren de esas gentes que abusan de su ceguera para decir que es de noche. El insolente reinado de los tontos ha cansado ya al mundo; los tontos en masa deben ser conducidos á la plaza de la Greve.

Los odio.

Odio á los hombres que se amanician en una idea personal y que van como un rebaño empujándose unos á otros é inclinando la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su Dios, su fetiche, en aras del cual inmola la gran verdad humana. Prosiguen con seriedad su camino y van andando con grave continente, en medio de la necesidad, lanzando exclamaciones de desesperación cada vez que algo turba su fanatismo pueril.

¿Dónde están, pregunto, los hombres libres, los que viven desembozadamente, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz, sin miedo á desmentirse mañana y sin cuidarse más que de lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los hombres que no forman parte de la claqué juramentada y que aplauden á una indicación del jefe, á Dios ó al príncipe, al pueblo ó á la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las

ideas? Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y los abruma con el peso de su número; después, con aire solemne, vuelven á ocuparse de su digestión, y cuando están en familia, prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Los odio.

Odio á los que de todo se burlan, á los caballeros que no pudiendo imitar la pesada gravedad de sus papás al examinar las cosas, lo hacen riendo de ellas. Hay carcajadas más vacías de sentido que el silencio diplomático. La época de ansiedad en que vivimos trae consigo una alegría nerviosa impregnada de angustia, que me produce el propio desagradable efecto que me causaría oír limar los dientes de una sierra. Callad todos los que os habéis impuesto la tarea de divertir al público.

Por lo que á mí toca, lamento que tengamos tantos hombres de chispa y tan pocos de verdad, de imparcialidad y de justicia. Cada vez que veo un muchacho soltar la carcajada para divertir al público, le compadezco y siento que no sea bastante rico para vivir en la holganza, en vez de reír de manera tan poco digna. Mas para los que sólo lanzan carcajadas sin derramar nunca una lágrima, no tengo compasión.

Los odio.

Odio á los necios, que todo lo miran con desden; á los impotentes, que dicen que el arte y la literatura mueren de muerte natural. Ellos son los cerebros más vacíos y los corazones más secos; las personas que se entierran en lo pasado y que ojean con desprecio las calenturientas obras de nuestra época, y las califican de nulas y pequeñas. Yo miro las cosas de otra manera. Me cuido poco de la belleza y la perfección, pues sólo me interesa la vida, la lucha, la fiebre. Entre nuestra generación me hallo muy á mi gusto. Me parece que el artista no puede desear época mejor ni ambiente más á propósito. No hay maestros ni escuelas. Vivimos en plena anarquía, y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa, crea y se bate por sí y para sí mismo. El momen-

to es decisivo; esperamos á los que hicieran mejor y más fuerte, á aquellos cuyos puños tengan los suficientes bríos para cerrar todas las bocas, y cada nuevo luchador abriga en el fondo la vaga esperanza de ser el dictador, el tirano de mañana.

Nieguen los ciegos nuestros esfuerzos, vean en la lucha que sostenemos las convulsiones de la agonía, á pesar de que estas luchas son los primeros quejidos que anuncian el nacimiento. Al fin y á la postre son ciegos.

Los odio.

Odio á los pedagogos que nos guían, á los pedantes y á los hombres enojados que rehúsan la vida. Soy partidario de las libres manifestaciones del genio humano. Creo en una serie no interrumpida de expresiones humanas, en una galería interminable de cuadros, y lamento el no poder vivir siempre para asistir á la eterna comedia que consta de mil actos diversos. Soy un simple curioso. Los necios que no se atreven á mirar hacia adelante, miren atrás.

Quieren constituir el presente con las reglas del pasado, y quieren que el porvenir tome por modelo las obras y los hombres de tiempos que fueron. Los días amanecerán, y cada uno traerá consigo una nueva idea, un nuevo arte, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades mismas, y éstas se transformarán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco; han hecho la lista de las obras existentes, y por tal medio han obtenido una verdad relativa que pretenden hacer pasar por absoluta. No crean, imitan. Y he aquí por qué odio á las gentes neciamente graves, á los neciamente alegres y á los artistas y á los críticos que quieren hacer estupidamente la verdad de hoy con la de ayer. No comprenden que avanzamos y que los paisajes varían.

Los odio.

Y ahora ya sabéis cuáles son mis amores, los bellos amores de mi juventud.

EMILIO ZOLA